

# ERNESTO SABATO:

## LA LUCHA POR RECUPERAR LO HUMANO

Rocío Trillo Varela

Letrada del Gabinete Técnico del Tribunal Supremo

Ernesto Sabato (1911-2011) fue un físico, novelista, ensayista y pintor argentino. Un científico prometedor que cambió los laboratorios por las letras en su incansable búsqueda de un absoluto. Un hombre tantas veces abatido por la visión de las sombras del alma humana como alzado por el destello esperanzador de sus luces. Un ciudadano profundamente comprometido, hasta el final de sus días, con la realidad que le rodeaba. Y un autor que, setenta años antes de la inteligencia artificial, supo advertirnos contra los avances de la ciencia que, en nombre de la humanidad, acababan con cuanto nos queda de humano.

Ernesto Sabato fue el décimo de once hermanos, hijos de inmigrantes italianos. En su primer día de clase en la escuela secundaria sintió una revelación cuando vio a su profesor explicar un teorema, aunque «no sabía aún que había descubierto el universo platónico, ajeno a los horrores de la condición humana».

Buscando refugio en las matemáticas acabó por convertirse en un físico prometedor

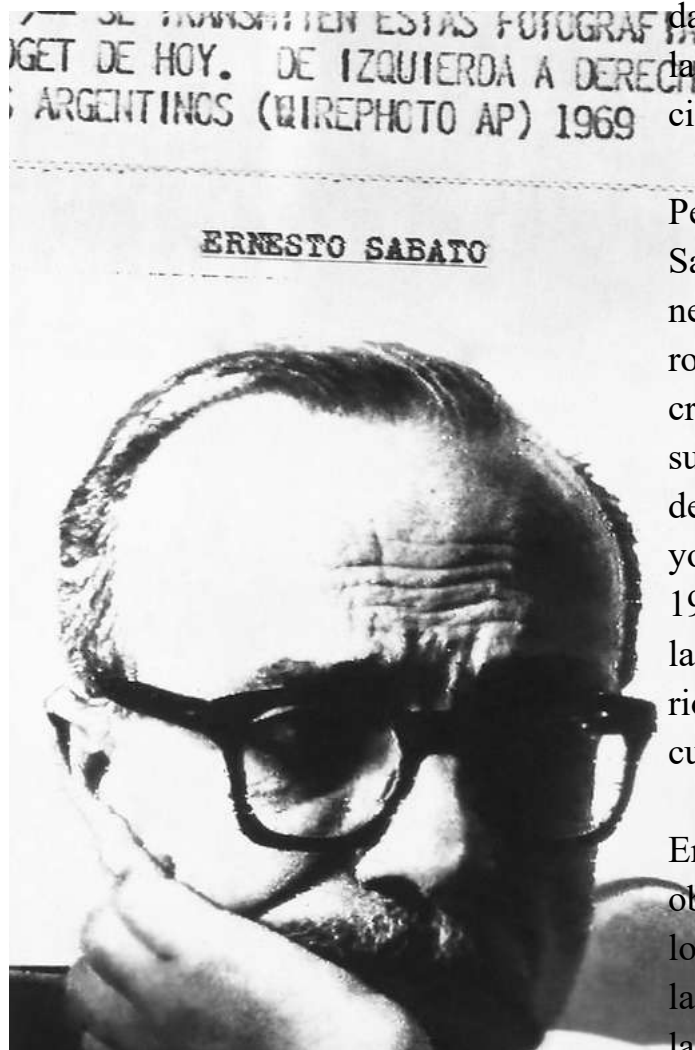
que, tras obtener su doctorado, fue becado en el Laboratorio Curie de París y, más tarde, en el Instituto Tecnológico de Massachusetts.

Durante sus años en París conoció a los surrealistas. Este encuentro dio comienzo a su crisis científica y le asomó a ese dualismo, esa irracionalidad y esa violencia que podemos encontrar en sus novelas.

Sabato escribió tres novelas, «El túnel», «Sobre héroes y tumbas» y «Abaddón el exterminador», crecientes en complejidad e interrelacionadas. Son obras oscuras que muestran la parte de nosotros mismos y de los demás que no queremos ver.

Estas tres obras tienen, además, un elemento en común, que es el de la ceguera, presente principalmente en la parte central de «Sobre héroes y tumbas», el «Informe sobre ciegos», que ha llegado a publicarse y funcionar por separado. A través del símbolo de la ceguera, Sabato quiso representar el mal, lo oscuro, lo irracional de la condición humana.

Este elemento nos recuerda a la que quizá sea la obra más conocida del premio Nobel portugués José Saramago, «Ensayo sobre la ceguera». Y, de hecho, ambos autores fueron amigos y mutuos admiradores, con puntos en común entre sus obras y su visión del mundo.



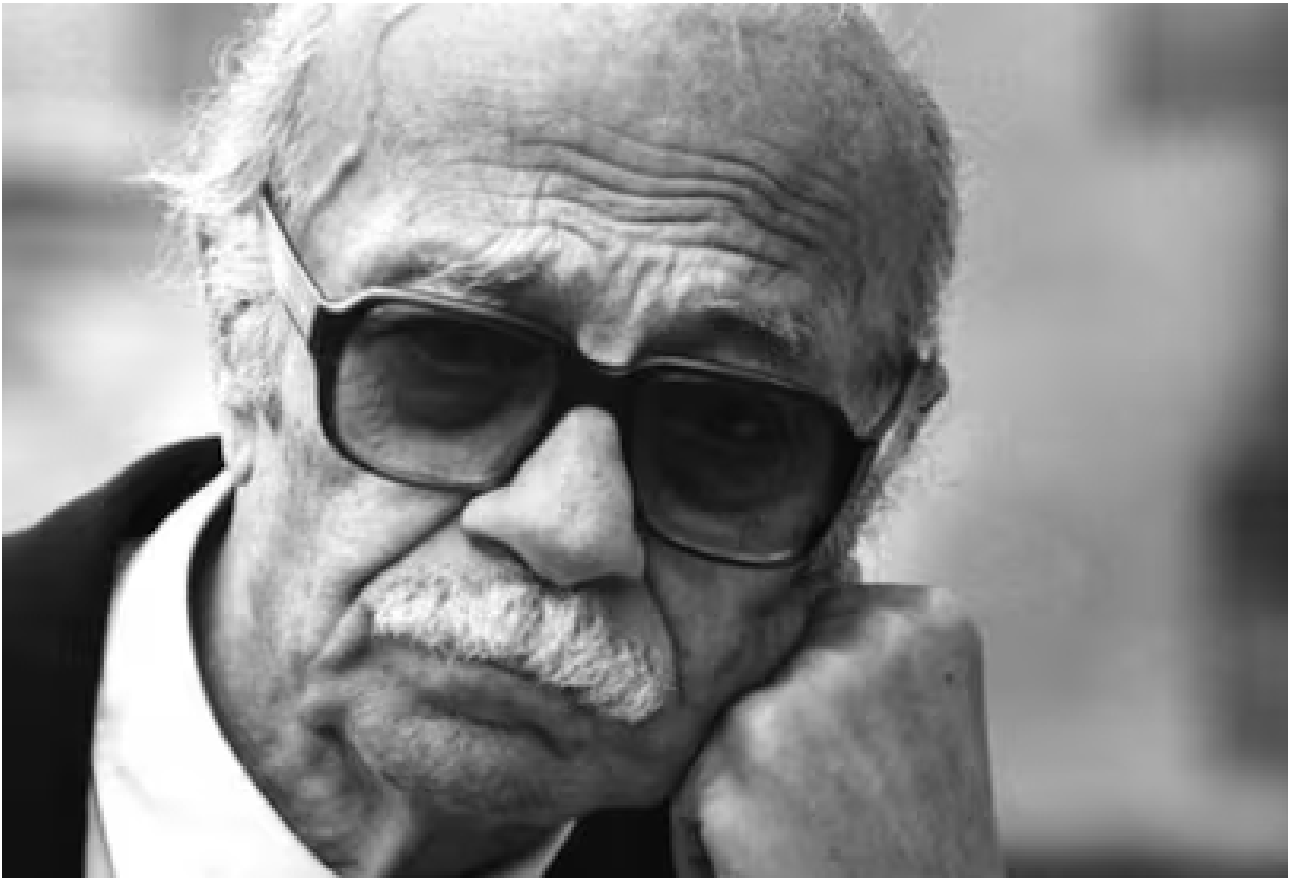
Y es que Sabato no se acercó al arte para huir del mundo, sino para acercarse a él. Durante toda su vida y su obra mostró una profunda preocupación por el destino del hombre y por la realidad de su tiempo. Durante su juventud fue un comunista militante que creyó ver en la revolución del proletariado «el orbe puro que había vislumbrado en las matemáticas» y que, por sus críticas al régimen soviético, acabó

siendo considerado por sus compañeros un traidor al comunismo, aunque, según sus propias palabras, en rigor era todo lo contrario. Entre 1983 y 1984 presidió la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, encargada de investigar las violaciones de derechos humanos ocurridas en las décadas de los 70 y 80 durante la dictadura del Proceso de Reorganización Nacional en Argentina.

Pero es quizá a través de sus ensayos como Sabato transmitió mejor sus preocupaciones sobre la condición humana y el futuro de la humanidad. Leyéndolos en orden cronológico podemos ver la evolución de su pensamiento al compás de la evolución de los tiempos que vivió. Su primer ensayo, «Uno y el universo», fue publicado en 1945, y ya en él censura la moral neutra de la ciencia. El último, «España en los diarios de mi vejez», fue publicado en 2004, cuando contaba con noventa y tres años.

En 1951 publicó «Hombres y engranajes», obra en la que reflejó su temor de que los avances de la ciencia, la técnica y la precisión, realizados en nombre de la humanidad, acabaran por llevarnos a un mundo deshumanizado: «Este es el destino contradictorio de aquel semidiós renacentista que reivindicó su individualidad, que orgullosamente se levantó contra Dios, proclamando su voluntad de dominio y transformación de las cosas. Ignoraba que también él acabaría por transformarse en cosa».

Casi cincuenta años después, en 1998, en



sus memorias «Antes del fin», Sabato recordó esta publicación, por la que tan duramente fue criticado por «los famosos progresistas», y corroboró que gran parte de lo que había expuesto era ahora realidad: «Hoy no solo padecemos la crisis del sistema capitalista, sino de toda una concepción del mundo y de la vida basada en la deificación de la técnica y la explotación del hombre».

Desde entonces han pasado casi treinta años. Sin embargo, hay algo en la obra de Ernesto Sabato que la hace siempre necesaria y actual, y es que habla del «corazón del hombre, en todas las épocas habitado por los mismos atributos, empujado a nobles heroísmos, pero también seducido por el mal».

Pese a ser dolorosamente consciente de la parte oscura de la condición humana, Sabato nunca perdió la esperanza en la juventud, en los afectos, en los valores del espíritu. Ojalá sigamos leyéndole, ojalá tiñamos nuestro pesimismo con su esperanza y, en nuestra búsqueda, acabemos encontrando lo que él nunca se cansó de buscar: «un Infinito, pero humano, a nuestra medida».